

Raul Hilberg,
La destrucción de los judíos europeos,
Madrid, Akal, 2005, traducción de C. Piña, 1.455 págs.

Raul Hilberg, nacido en Viena en 1926, en el seno de una familia judía que en 1936 logra huir a los Estados Unidos, vía Cuba, comienza su investigación en 1948 sobre *La destrucción de los judíos europeos*. Una investigación que, como afirma en el prólogo a la reciente versión española, nunca ha abandonado. El libro se convierte en una de las obras pioneras sobre el Holocausto ya desde su primera edición en 1961, el mismo año del juicio de Eichmann en Jerusalén, cuando todavía domina el silencio sobre lo sucedido durante los años de destrucción sistemática de los judíos europeos a manos del régimen nazi. Pero es en 1985 cuando se convierte en un clásico tras la incorporación y análisis exhaustivo de nuevos materiales documentales y bibliográficos que permiten a Hilberg proceder a una profunda ampliación y revisión de su estudio. La nueva obra verá la luz en las dos ediciones posteriores, la más reciente de 2002, que actualiza en algunos puntos a la magna de 1985 que, desde entonces y hasta hoy ha sido una obra de referencia esencial, un clásico, traducido a varias lenguas y que, finalmente, puede leerse en su versión española.

La destrucción de los judíos europeos es un clásico en un doble sentido, el analítico y el documental. El marco analítico, establecido ya en la primera edición, define los actores principales, *perpetradores, víctimas y espectadores* (título que dará al libro del autor publicado en 1992), así como las diferentes fases que constituyen el proceso: *identificación, expropiación, concentración y aniquilación*.

El análisis y la delimitación de los sujetos es fundamental, pero la gran aportación de Hilberg es la documentación de la actuación de la burocracia en todos sus entramados. Con un lenguaje minimalista y sin concesiones sentimentales, Hilberg va siguiendo paso a paso, fecha a fecha, lugar a lugar, y actor a actor (víctimas y perpetradores, pero también testigos y simples espectadores) el desarrollo de un proceso que, contra las tesis de los «intencionalistas», no considera que esté trazado desde antes, desde los años 1920, sino que es más un resultado histórico ante la confluencia de una serie diversa de factores que terminan por generar una maquinaria que se autoalimenta a sí misma hasta llegar al genocidio. Una maquinaria, no obstante, ante la que cabe cierta resistencia, al menos en el plano individual y en determinadas fases del proceso.

Se trata de un proceso no unidireccional sino interrelacionado, en el que la ignorancia y el comportamiento tradicional de las víctimas juega un importante papel. Este es uno de los temas que suscitó mayores reacciones desde la primera versión de la obra, igual que lo harían las tesis de H. Arendt, que utilizó buena parte de la documentación de Hilberg en su es-

tudio sobre *Eichmann en Jerusalén*. Pero Hilberg no comparte en absoluto la tesis de la banalidad del mal que Arendt defendería en sus crónicas sobre el juicio, recogidas luego en forma de libro. La Solución Final, formulada claramente en 1941, no puede explicarse por la obediencia ciega a las órdenes, o por la ignorancia. Gente como Eichmann no sólo colabora sino que actúa de forma decidida para que la maquinaria se perfeccione.

El análisis pormenorizado de esta maquinaria constituye uno de los elementos fundamentales del estudio de Hilberg. La exposición de cómo se llevó a cabo el exterminio, de cuáles fueron las etapas, de cómo se daban, recibían y ejecutaban las órdenes, o de cómo se logró la no resistencia ante algo que era conocido, aunque no se hablara de ello, da respuestas a la gran pregunta de ¿cómo fue posible?, que siempre plantea el Holocausto. Hilberg muestra cómo «el proceso de destrucción era en su propia naturaleza ilimitado» y por ello el poder se volvió más difuso. A medida que la destrucción avanza las leyes se atrofian y se multiplican las medidas que proceden de fuentes de autoridad cada vez más etéreas pero con una casi ilimitada capacidad de destrucción. Es esa amalgama entre la desorganización y la eficacia de una maquinaria que se retroalimenta a sí misma la que hace tan difícil la percepción de un hecho que, ya a finales de 1942 es una verdad a voces. El horror, sin embargo, no hace que el viejo orden moral de la sociedad alemana se derrumbe. Porque la preocupación de los líderes nazis no son las víctimas, sino los ejecutores a los que hay que preservar psicológicamente para que la destrucción no los destruya. Los mecanismos de ocultación, —no saber, no decir, no criticar, no hablar de ello, ni siquiera en los documentos secretos— ayudan a ello. Y Himmler se vanagloriará, en su discurso de octubre de 1943 ante las SS, de que «la mayoría de vosotros sabéis lo que significa tener delante 100 cadáveres, o 500, o 1000. Haber soportado esto y haber conservado la decencia nos ha endurecido. Esa es una página de gloria jamás escrita en nuestra historia y que jamás se escribirá».

No es cierto. Los juicios de Nuremberg, y la documentación minuciosa sobre el Holocausto ha revelado en todo su horror esa página de la historia. El libro de Hilberg, en el que el estudio pormenorizado y documentado de los hechos se acompaña por un análisis detallado de los comportamientos y los mecanismos de control, represión, huida y ocultamiento, así como por los intentos de rescate, los de rebelión contra los verdugos o los, escasos pero notables, de solidaridad con las víctimas, constituye una de las aportaciones más notables en este campo. Una obra de lectura, y de consulta, que gracias a su cuidada edición española, está por fin al alcance de una inmensa mayoría.

CARMEN LÓPEZ ALONSO